

suplida por una visión musical interior tan poderosa, por una inspiración y por una fuerza emotiva tan grande, que se sobrepone a aquella falta de conocimientos, porque en ellas rebosa la emoción, y cuando en arte, y más aún en el de la música, la emoción es intensa, puede suplirlo y, en definitiva, lo suple todo.

El caso de Moussorgsky podríamos compararle con el de un anónimo creador de una canción folklórica que sin *saber* nada de nada, pero *sintiéndolo* todo, puede producir una obra de arte, si pequeña y pobre en su extensión y en sus recursos, grande y rica en sentimientos. Moussorgsky sabía poco. En su inteligencia no se atesoraba un caudal de conocimientos que, por otra parte, le hubieran sido tan útiles; pero en cambio, sí un concepto claro del arte y en su alma, rica en sensibilidad, anidaba la semilla del genio, semilla de tan excelente calidad que aún en la pobre tierra de su vida, llena de miserias físicas y morales, floreció y fructificó de modo portentoso.

Nace Moussorgsky en Karevo, el año 1839. Su hogar es un hogar de hidalgos de noble estirpe, pero venidos a menos. Las estrecheces económicas en que se desarrolla su vida no le impiden que florezca su vocación de músico, y a los siete años ya interpreta en el piano, de notable manera, no muy complicadas, pero sí bellas composiciones de varios autores, y entre ellas de Listz. A los trece años ingresa en la escuela de abanderados de la Guardia, de donde sale oficial cuatro años más tarde. En esa época conoce a los compositores, aún en ciernes, Dargomisky y Borodín, de quienes recibe, especialmente del primero, sugerencias y consejos que le hacen comprender y amar la música folklórica rusa, adquiriendo la convicción de que en ella está el embrión de belleza y de calidad sobre el que se había

de asentar la futura grandeza de la que luego fué la escuela nacionalista.

Muchos y muy variados son los incidentes de su accidentada existencia. Creemos que mejor que relatarlos en detalle será sintetizarlos. La síntesis es ésta: un carácter eternamente infantil e ingenuo; estrecheces materiales que le obligan a ejercer diversos cargos burocráticos que son para él un martirio, pues le impiden dedicarse a su pasión vocacional: la música; salud precaria, enfermedades de tipo nervioso que le debilitan y agotan, obligándole a recurrir a los auxilios familiares y a residir largas temporadas en el campo para reponerse; desesperanzas, desiluciones, fracasos sentimentales y arideces materiales le inducían al alcohol, que poco a poco va haciendo estragos en su organismo.

Dando tumbo tras tumbo, en 1859 se encuentra de nuevo con Borodín, cuya antigua amistad renueva y quien, después de tratarle y examinar sus ensayos de composición musical, forma de él la opinión que las palabras siguientes expresan: «No es más que un aficionado paradójico que no comprendo cómo ha abandonado la carrera militar por tan inciertas esperanzas como las que abriga sobre su porvenir musical».

Una vez más se repite el caso de las equivocadas profecías, pues Borodín, gran músico y mejor artista, no vió claro, en aquella ocasión, sobre el porvenir de quien más tarde fué su querido amigo y su admirable colega en el famoso grupo de los «Cinco». En este grupo de elegidos, Moussorgsky no ocupa el mejor puesto en cuanto se refiere a lo que pudiéramos denominar «sabiduría musical», es decir, en la técnica, pero en cambio sí, acaso, en cuanto se refiere al sentido artístico, a la emoción, a la intensidad y a una original y siempre inspirada independencia, claramente manifiesta en sus obras, cuyas formas constructivas no se su-